

# ESCAPE DE VIENA

Weina Dai Randel

Traducción: Carmen Bordeu



## *Viena, mayo de 1938*

A LOS RICOS Y LOS PODEROSOS LOS ARRESTABAN, A LOS prominentes y los talentosos los acosaban, y los hábiles y los trabajadores eran víctimas de ataques. Los hombres huían y los zapatos retumbaban en los pasillos; los hombres se estremecían y los fusiles se les clavaban en la espalda; los hombres gemían y se les partía el cráneo sobre los adoquines.

En la oscuridad de la noche, cientos de miles de personas, los desilusionados, los deshumanizados, los desesperados buscaban una manera de salir de Viena.

# CAPÍTULO 1

## GRACE

CUANDO CONOCÍ A LOLA, NO FUE DEL TODO MI ELECCIÓN, pues si hubiera dependido de mí, no me habría arriesgado con ella. Pero muchas cosas no dependían de mí, como las cenas oficiales que duraban cinco horas o las fiestas extravagantes organizadas por la familia real de los Habsburgo o los bailes en los grandes salones atestados de funcionarios de alto rango con uniformes ribeteados en oro y duquesas con tiaras de diamantes, o incluso Viena.

Era finales de mayo, otra tarde larga: los rayos esporádicos de un sol pálido ondulaban sobre la ancha extensión de la Ringstrasse; una nube de polvo, silenciosa como las sombras, descendía sobre las farolas oxidadas y los grupos aislados de edificios barrocos; cerca, una masa de telarañas se aferraba a los brotes hinchados de los tilos, cuyas ramas se inclinaban con un cambio de viento repentino.

Enfundada en mi atuendo conservador propio de la esposa de un diplomático —chaqueta de seda sobre una blusa con volantes de encaje, falda hasta los tobillos, guantes azules y un sombrero de ala ancha con una cinta del mismo tono de azul—, llegué a la entrada del Stadtpark. Me senté en una banca fuera del parque, cerca del busto

de un compositor adusto de nombre esquivo. Lola llegó un momento después, tomó asiento y se presentó.

Hice lo mejor que pude, asentí con cortesía y escuché con paciencia. Sonaba bien; hablaba inglés con un acento suave y era vienesa, una estudiante de la Universidad de Música y Artes Escénicas de Viena o algo así. Parecía deseosa de enseñarme alemán y me aseguró que me ayudaría con algunas frases que me serían útiles en las cenas oficiales en las que pasaba las horas observando la cristalería.

Lola tenía veinte años, cinco menos que yo, si mal no recordaba, aunque nunca recordaba bien las cosas. Su aspecto le daba un aire más joven y tal vez tuviera algo que ver con su sentido de la moda, que, en el mejor de los casos, era mínimo: su *dirndl* —el típico vestido bávaro— se veía un poco gastado y la chaqueta negra cruzada estaba pasada de moda. Sin embargo, llamaba la atención por su estilo natural, dinámico y genuino, los ojos verdes, las mejillas regordetas y la piel suave, con ese brillo típico de la juventud. Una muchacha envidiable, a la que aún no habían estropeado el estrés del matrimonio, la maternidad u otras ataduras y vergüenzas mundanas.

De todas maneras, no tenía mucho para decirle; había demasiado viento y demasiado polvo, y me sentía mareada. Mis pensamientos volaban como panfletos desechados y se dispersaban en el viento, y la voz de Lola, a pesar de su calidez, resultaba espesa como la niebla. Balbuceé un poco y asentí de vez en cuando hasta que me recorrió un torrente de calor y retorcí la correa del bolso con desasosiego y arrepentimiento. Esos verbos alemanes tan enrevesados y esas consonantes complicadas con sonidos que bien podrían provenir de alguien con un ataque de alergia... Aprender alemán sería una tarea desafiante y, probablemente, infructuosa para mí, ya que si algo sabía bien de mí misma era que tenía poco talento para las lenguas extranjeras.

—¿Señora Lee? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Se encuentra usted bien? —Aquellos ojos verdes eran como los de una muñeca rusa en una tienda, íntimos e inescrutables.

—Oh, sí. Sí, estoy bien. Sólo estaba... ¿De qué estábamos hablando?

—Me propuso vernos aquí el próximo jueves.

—Ah, claro. Aquí. Sí... ¿No le molesta? Aquí en el parque sería genial. Verá, vivo en un consulado y no es conveniente para mí tomar clases de alemán allí. Es que... hay demasiada gente. Pero podemos vernos en otro sitio si...

—El parque es perfecto. Aquí estaré, señora Lee.

—Muy bien... estupendo. Hasta la próxima. —Aferré mi bolso y me puse de pie. Había dicho más palabras en unos minutos que en todo un mes.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora Lee? ¿Cuánto tiempo lleva en Viena? —Sonrió, una sonrisa amable, fácil, dorada, como el rayo de sol que le daba en la frente.

—Mmm... cerca de un año. —Ahora se me planteaba un dilema. ¿Debía quedarme o marcharme? El protocolo que había aprendido hacía poco como esposa de un diplomático no incluía la interacción con un tutor, pero si me marchaba, quedaría como una descortesía de mi parte. Así que volví a sentarme en la banca, apoyé el bolso sobre el regazo y fijé la mirada en varias palabras en alemán que estaban grabadas en el respaldo, cerca de su brazo. Qué ciudad tan extraña, Viena, con palabras por doquier. En las paredes y las bancas.

—¿Ha tenido un profesor de alemán antes?

—No.

Hubo un silencio espantoso.

Quizá debería dar una explicación. Fengshan me había presentado al menos a una docena de tutores en los últimos

meses, pero yo me las había ingeniado para evitarlos. Ella era la primera que conocía, pues se me habían acabado las excusas. Pero se me aceleró el pulso y fue como si volviera a estar sentada en una cena, bajo el escrutinio de aquellos diplomáticos ostentosos y sus sofisticadas esposas, que se especializaban en tonterías corteses y miradas críticas. Si hubiera podido, habría inventado una excusa y me habría escondido en el baño, pero no había ningún baño cerca adonde poder escapar.

—He oído decir que es usted la esposa de un diplomático, señora Lee.

El tono de Lola sonó como si tuviera dudas al respecto, y yo también las tenía. Día tras día, me despertaba con la esperanza de que no fuera cierto.

—¿Puedo preguntarle a qué país representa su esposo?

La expresión de sus ojos. No podía tener veinte años; tenía que ser mayor, incluso mayor que yo.

—Él... es chino.

Se me ocurrió que no le había comentado a Fengshan que hoy conocería a Lola, pero cosas como esta no atraían su atención, estaba demasiado ocupado.

—Ah, es usted china. —Parecía curiosa, una reacción diferente de todas las miradas hostiles y prejuiciosas que había recibido.

—Soy... de Estados Unidos. —Recogí mi bolso.

—Estadounidense. No me extraña que hable tan bien inglés. ¿Le gusta Viena, señora Lee?

Aferré con fuerza mi bolso.

—Señorita... —Había olvidado su apellido—. Es una ciudad bonita.

—¿No le gusta Viena?

Me bajé el sombrero, luego lo empujé hacia arriba y volví a bajarlo. Había herido sus sentimientos; ahora no podía irme.

—Viena es especial. ¿Ha escuchado el dicho: “Las calles de Viena están pavimentadas con cultura; las calles de otras ciudades, con asfalto”? —preguntó.

—Lo siento...

Movió la mano en un gesto dramático y casi indignado y señaló los edificios barrocos al otro lado de la calle.

—A todo el mundo le gusta Viena. Tenemos una arquitectura magnífica y muchos palacios. El Hofburg, por ejemplo. Tiene los Apartamentos Imperiales, las colecciones de la emperatriz Sissi y el Tesoro Imperial, con reliquias que datan del Sacro Imperio Romano Germánico. Y el Palacio de Schönbrunn. ¿Lo ha visitado? No está tan lejos. También adorará el Salón de Mármol del Palacio Belvedere y, por supuesto, ya sabe que todo austríaco disfruta de las óperas y el ballet en la Wiener Staatsoper, la ópera estatal de Viena.

Esos nombres extranjeros. ¿Quién podía acordarse de todos? Había estado en una fiesta en el Hofburg, o quizás era el apartamento de la emperatriz Sissi o de la emperatriz María Teresa. Daba igual.

—Señorita... —me estrujé las manos. Por fin me acordé de su apellido—. Señorita Schnitzel, me temo que...

—Schnitzler. Schnitzel es un tipo de comida.

—Ah.

—Y no tengo ninguna relación con el reconocido autor.

Me ruboricé. Ahora que me sentía avergonzada, no podía parar.

—Por supuesto... señorita Schnitzel-Schnitzler... Lo siento muchísimo. Es difícil recordar los nombres alemanes... Y ya sabe que es difícil arreglárselas sin entender el idioma. Los nombres de las tiendas son impronunciables, igual que los de las calles. No puedo leer nada. Esto. Esto aquí. Mire. ¿Qué significa? —Señalé el garabato germánico grabado en el respaldo de la banca.

Ella fijó la mirada en las palabras. Una luz destelló en sus ojos verdes y levantó la barbilla.

—Significa que es para arios.

—¿Cómo dice?

—No se nos permite sentarnos en esta banca.

—Es una banca pública. Cualquiera puede sentarse aquí.

Lola se volvió hacia las bancas que había al otro lado de la calle. También estaban escritas en alemán, pero no con la palabra “*arios*” sino con una que empezaba con *j*.

—Así debería ser.

—Sí, por supuesto. Estoy de acuerdo... Pero, disculpe. ¿Ha dicho usted que no se nos permite sentarnos en esta banca? —Me había sentado aquí antes de que ella llegara y no había prestado atención a la inscripción, porque era incapaz de comprenderla.

—Es la nueva ley de Viena, señora Lee. —Se quedó callada y miró a un tranvía gigante que pasó chirriando junto a nosotras, con las ventanillas flanqueadas por banderas con una esvástica y haciendo clac-clac. No recordaba haber visto esas banderas cuando había llegado a Viena el año anterior, pero en los últimos tiempos estaban por todas partes. Política, había señalado Fengshan sobre las banderas, casi sin levantar la vista del periódico alemán que estaba leyendo.

Por supuesto, en estos días, todos hablaban de política en Viena. En la última fiesta a la que asistimos en el apartamento de una emperatriz, los diplomáticos de bigotes gruesos, sus esposas vestidas con lentejuelas y sombreros tiroleses de plumas e incluso los lacayos, con sus pelucas blancas y capas de encaje blanco habían cuchicheado sobre el Führer. Una maraña de rostros aprensivos, una imagen ruidosa de júbilo y pesadumbre. Sentada en la punta de la mesa, había sonreído y asentido, incapaz de entender sus palabras: no podía importarme menos. Esta ciudad no



tenía nada que ver conmigo, no me necesitaba: yo era una extraña, una forastera.

Pero no era el caso de Fengshan: el diplomático con la misión imposible de salvar a su país. Pero, bueno...

—No termino de entender, señorita... Schnitzler.

—Es difícil de creer, lo sé. —Su mirada se posó en un coche verde, de policía; no podía ser otra cosa, llevaba la inscripción *Polizei* y dentro viajaban dos hombres con gabardinas beige y brazaletes con esvásticas. El coche seguía al tranvía y, al pasar junto a nosotras, uno de los oficiales se volvió hacia mí y me dirigió una mirada larga y penetrante. Así eran los policías, rígidos y sin sentido del humor; solían montar guardia en los salones de baile con la mirada fija y sin vida, pero tenían a Fengshan en alta estima, como muchos profesionales vieneses.

De pronto, desde el océano de polvo, se oyó un chirrido de frenos, fuerte y alarmante, y en medio de una nebulosa de sensaciones, entre el ajetreo de los carruajes de caballos y los peatones, el coche con los policías se detuvo con brusquedad frente a mí.

Los dos hombres se bajaron de un salto, con actitud amenazante y voces ásperas y airadas, y yo me quedé mirando desesperada, muda, retorciendo la correa de mi bolso, lo que pareció enfurecerlos aún más. El incómodo momento debió de durar una eternidad y casi había arrancado la correa del bolso de los nervios cuando Lola, la chica de rostro fresco, la que no paraba de hacerme preguntas, se puso de pie y pronunció un largo discurso en alemán.

Aunque no entendía nada de lo que ella estaba diciendo, me sentí aliviada y comprobé que el alemán era un idioma perfecto para ella. De hecho, era bastante admirable verla hablar con esa voz clara, con dignidad, sin retorcerse las manos. Parecía una persona muy capaz de arreglárselas sola. Podría haber sido una de esas esposas de diplomáticos

tan seguras de sí mismas con las que solía encontrarme en los salones de baile.

Pero debí de estar soñando despierta otra vez, porque se oyó un flujo de palabras en alemán y un grito de dolor de Lola y, a continuación, vi una convulsión de brazos y abrigos beige, el revuelo de la falda de Lola y luego su cuerpo encorvado y empujado dentro del coche de policía, con la cabeza contra el asiento.

Sobresaltada, me puse de pie. La luz del sol me nublaba la vista y la ráfaga que había azotado los tilos volvía a arreciar. Un dolor agudo en la espalda me lanzó hacia adelante y estuve a punto de tropezar. Me pregunté qué estaba pasando y me volví: el oscuro cañón de una pistola me apuntaba.

Solté un grito ahogado y me tambaleé dentro del coche. Se me enredaron los pies en mi falda larga y choqué la cabeza contra el hombro de mi desafortunada tutora.

—¿Se encuentra usted bien, señora Lee? —Me sostuvo con firmeza. Había perdido su sombrero, y yo también.

Tenía la mente en blanco. Por mucho que lo intenté, ni una sola palabra salió de mi boca. En verdad. Nada me haría volver a hablar: ni el olor agobiante a cigarrillos y sudor, ni los policías que refunfuñaban delante de mí, ni siquiera mi verborrágica tutora.

Además, me dolían los oídos: se oyó otro chirrido ensordecedor, seguido de la furiosa aceleración del coche, un chisporroteo y, después, sin previo aviso, los majestuosos edificios barrocos, las estatuas ecuestres y las agujas puntiagudas de las iglesias góticas se deslizaron con rapidez. La banca donde Lola y yo nos habíamos sentado se fue empequeñeciendo hasta desaparecer de la vista.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo impensable.

—¿Adónde vamos?

La chica que había prometido enseñarme alemán bajó la

cabeza y tomó entre sus manos los dos colgantes que tenía sobre el pecho y en los que yo no había reparado: uno con una estrella de seis puntas dorada y otro con una cruz. Después, se volvió hacia mí, con los ojos verdes llenos de culpa.

—No lo sé, señora Lee.

Me temblaba todo el cuerpo. Me habían arrestado. Esto sí que llamaría la atención de Fengshan. ¿Cómo le explicaría?